

Cuando el sábado pasado (06.06.98) veíamos el partido entre los Orioles de Baltimore y los Bravos de Atlanta reflexionábamos sobre ese récord que implantó Calvin Edwin Ripken Jr. al batir la marca considerada imbatible- de Lou Gehring y alcanzar a finales de la pasada campaña 2.478 juegos seguidos sin dejar de jugar. Conviene destacar que durante ese período los orioles utilizaron otros 266 jugadores. Si a esa cifra le agregamos 60 juegos en lo que va de año, el personaje en cuestión tiene 2.538 partidos seguidos jugando en forma regular,

¿Qué significación tiene esto para nuestra cotidianidad como personas y como país? Vale la pena detenernos un rato a reflexionar sobre este tema.

Indudablemente Ripken tiene un conjunto de ventajas comparativas que le permitieron ser un buen jugador de béisbol. Ellas, por sí solas, no le habrían bastado para llegar a las grandes ligas, ya que muchos otros también las tienen: velocidad, buenos reflejos, tamaño adecuado, buen swing a la hora de batear, etc. Para poder surgir, él debió desarrollar un conjunto de ventajas competitivas que le facilitaron llegar y permanecer en forma continua por 17 años como jugador activo en las ligas mayores.

Mantenerse en juego a lo largo de ese período tampoco era una tarea fácil, y él

tuvo que lograr un nivel de calidad y competitividad que lo ha hecho insustituible, a pesar de haber pasado por su club un número importante de jugadores.

Ripken, además, ha sido muy responsable. No haber buscado excusas para faltar a su trabajo a lo largo de ese extenso período le merece el más amplio respeto de toda la fanaticada. Por ello, en los juegos de estrellas, es el jugador más asediado en busca de autógrafos. Hoy es considerado un héroe nacional y a él se le pone como ejemplo.

Traslademos esta situación a nuestra condición de país. País que tiene inmensas ventajas comparativas como para jugar al menos en la liga triple A del conjunto de las naciones. Pero sólo las ventajas comparativas no bastan. No basta tener petróleo, energía barata, buena localización geográfica, abundantes minerales.

Tenemos que desarrollar nuestras ventajas competitivas, lo cual exige un inmenso esfuerzo colectivo, en busca de objetivos comunes que nos permitan potenciar al máximo las variadas capacidades de nuestros recursos humanos. En ese sentido, deslastrar al sector educación y al sector salud del atiborrante clientelismo partidista y gremial constituye una tarea de altísima prioridad. Sin recursos humanos adecuadamente calificados y sin una población sana es imposible pretender el desarrollo.

Hace falta igualmente simplificar al máximo el exceso de pasos que «tetanizan» la administración pública, cualquiera sea el gobierno de turno, así como racionalizar el número y mejorar la calidad de los recursos humanos, y en especial los gerenciales.

La reforma del aparato del Estado pasa por una sinceración nacional, donde tirios y troyanos entiendan que es una tarea impostergable, que obliga a salir a corto plazo de funcionarios ineficientes, incompetentes, irresponsables, corruptos o repositores, sin importar cuál sea su padrino. Para ello, es vital lograr un acuerdo nacional.

El desarrollo de ventajas competitivas pasa también por disponer de una administración de justicia en la cual todos confiemos, sobre todo porque, al haber escasez de recursos, la solución de nuestras diferencias individuales y colectivas no se puede resolver por vía de consenso, muchas de las veces a realazos, sino a través de conflictos civilizados en los cuales la instancia judicial determine quién tiene la razón, y las partes acaten el fallo porque confían en ella a plenitud.

Nosotros tenemos condiciones potenciales para crecer, como los Ripken y los Galarraga del béisbol, los Jordan del baloncesto, los Ronaldos y Romarios del fútbol, los Pavarotis, Domingos o Carreras del bel canto. Tenemos condiciones naturales que nos permiten, si hacemos un esfuerzo direccionado para desarrollar nuestras ventajas competitivas, llegar a estar entre los mejores como nación y como colectividad.

Como nos decía Mario Briceño Iragorri en la Hora Undécima, «ser venezolanos no es ser alegres vendedores de hierro y petróleo. Ser venezolanos implica un rango histórico de calidad irrenunciable. Después de tres siglos de fragua de la voluntad y de las ideas, nos declaramos con derecho a ser libres en el orden de los pueblos. No satisfechos con el espacio de nuestras viejas fronteras coloniales, salimos a los largos caminos de América, en ayuda de otros hermanos que deseaban, como nosotros, romper el vínculo metropolitano. Hicimos un pacto con la Historia cuando le pedimos retortas de maga para cambiar el propio destino de un continente».

Fuimos grandes en el pasado, y no hay excusas para no serlo en el futuro. Si cada uno de nosotros en su esfera de influencia mantiene un porcentaje de la constancia, la tenacidad, la responsabilidad y la dedicación que Ripken le imprimió a su vida de trabajo, sin ninguna duda, nosotros, como país, alcanzaremos un peso de significativa importancia en el concierto de las naciones.

Ese es nuestro reto y a él debemos apuntar.

RAFAEL PEÑA ÁLVAREZ

Economista,
Presidente del Banco Industrial.

Desde los Bleachers...

Cal Ripken Jr.